

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Juan Carlos Ribadeneira

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular CAAP, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 18

ECUADOR: S/. 5.200

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$ 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 1.800

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-00173-B Quito Ecuador

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.



Centro Andino de
Acción Popular
CAAP
Director ejecutivo:
Francisco Rhon Dávila

5100
040713
FLACSO - Biblioteca
COOPERACION TECNICA DE LOS PAISES ECU

ECUADOR DEBATE

Quito-Ecuador, Agosto de 1992

EDITORIAL 3 - 6

COYUNTURA

**La política económica del Gobierno de Borja y el
ajuste de cinturones 9 - 22**

ZONIA PALAN

Elecciones 92 o desreglamentación de la política 23 - 26

JOSE SANCHEZ PARGA

TEMA CENTRAL

La inflación: el gran argumento 29 - 36

DIEGO CORNEJO MENACHO

Los protagonistas de la inflación Latinoamericana 37 - 54

JAVIER IGUIÑEZ ECHEVERRIA

**Mercados al consumidor en Ecuador: los de-
terminantes de la inflación en el corto plazo**

(1980/1992) 55 - 69

SEBASTIAN INFANTE

La inflación: causas, consecuencias y remedios 71 - 80

PABLO LUCIO PAREDES

**Hacia una política no-ortodoxa de estabilización
para el Ecuador 81 - 115**

JURGEN SCHULDT

R224 Rw 9830 q:3

LIBROS 117 -120

ANALISIS

El discurso del Quinto Centenario: en el umbral semiótico 123 - 142

DIEGO ALFONSO ACOSTA

Deterioro de la vida en el neoliberalismo: el des-concierto de la salud en América Latina 143 - 166

JAIME BREILH

DEBATE AGRARIO

Los campesinos arroceros y el mercado andino 169 - 187

RAFAEL GUERRERO B.

Campesinado y medio ambiente: elementos de discusión 189 - 198

FREDY RIVERA VELEZ

CRITICA BIBLIOGRAFICA

Agricultura: Diagnóstico y perspectivas. Comentarios al libro de Morris D. Whitaker 199 - 204

MARCO ROMERO

ELECCIONES 92 O DESREGLAMENTACION DE LA POLITICA

José Sánchez Parga

Lo más obsceno de la campaña y que escenificó la imagen de los candidatos fue el marketing de la pobreza.

El proceso electoral de 1992 y sus resultados fueron reveladores no sólo del ocaso de la izquierda y de la prosperidad de la derecha, del estilo mediático-comercial de la campaña, de su privatización televisiva en detrimento de los espacios públicos, y de la utilización de éstos más para producir entusiasmos masivos en función de los spots publicitarios que para hacer política. Tampoco ha sido una revelación que las elecciones se ganan con dinero... por eso Abdalá Bucaram

anunció que dedicará los próximos cuatro años a amasar fortuna. Tampoco es nuevo el hecho que las "industrias electoreras" (L. Roldós) despidan un cierto tufo de narcotráfico, o blanqueo de dólares.

Lo más original y también lo más obsceno de la campaña, lo que escenificó la imagen de las candidaturas, fue sin duda el marketing de la pobreza. Las denuncias y promesas acompañaron a todos los candidatos

por el país entero abrazando pobres, consolando mendigos, caminando sobre el lodo y visitando chozas y barracas. Pero la miseria no es mero pretexto o argumento de chantaje sobre el que se construyen los mecanismos de los candidatos ni el plasma populista donde el voto podía ser -ayer- fácilmente "conquistado" (A. Menéndez) y hoy es confiscado; la pobretología más que arenga y conjugación electorales ha alcanzado un estatuto de surrealismo político, ya que, a un pueblo empobrecido al que se le despoja de las condiciones mínimas de la deliberación política, o que se ha quedado sin ella, no tiene voluntad, y lo que se llaman sus aspiraciones tienen nada o muy poco de político, y no representan más que su desesperación por la sobrevivencia. Es este mismo pueblo que un día elige por una sensible mayoría a su Presidente y representantes, el que uno o dos años después forcejea su destitución (con un violento "caracazo") ó, legítima (con más del 80% el autogolpe de Fujimori de abril de 1992) restaurando la dictadura y acariciando las nostalgias de gobiernos militares.

No sólo la pobreza del pueblo sino el mismo empobrecimiento de las clases medias y de las pequeñas burguesías acentúan las distancias entre el Estado y la sociedad y lo que se quiere que la sociedad sea, provocando una tendencia a evacuar del campo político las cuestiones difíciles y zanjarlas de manera radical.

El populismo o clientelismo que hoy vivimos no tiene nada que ver con el manejado por el velasquismo y que los científicos sociales siguen ilusoriamente escrutando. Otro es el escenario ideológico político, otros son los actores y otros los papeles mediáticos de la representación. Es el drama político lo que ha cambiado, porque la sustancia misma de la política, sus fuerzas y sus apuestas son diferentes.

Ya no existen los macro-sujetos, y si todavía resisten, más que actuar en la escena están dando sus últimas bocanadas: el Estado, por muy obeso que parezca se encuentra cataléptico; los partidos políticos se han vuelto relicarios de una ficción o un espejismo necesario (el PUR ha demostrado que improvisar un partido es más rápido y fácil que crear una empresa); ya no es argumento creíble el identificar al pueblo con las muchedumbres congregadas, compradas o seducidas en las concentraciones electorales (más identidad social tienen as "barras" del Barcelona o del Aucas y los espectadores de Juan Luis Guerra que los seguidores de un partido político). La misma idea y realidad de Nación se nos está diluyendo por efecto de la explosión de las transnacionalizaciones e internacionalizaciones económicas, políticas y culturales (la "occidentalización del mundo") y por efecto del triunfo de los nacionalismos y los regionalismos y la pulverización de las identidades sociales.

Hemos pasado del desmoronamiento de los macro-sujetos a la desenfrenada construcción de micro-identidades por un repliegue exacerbado de individualismos y particularismos y por efecto de una enconada privatización de las estrategias de sobrevivencia. Las amplias muchedumbres convocadas por la campaña electoral no tienen ningún beneficio de inventario en nuestro transitar democrático. Y esto ha sucedido porque nuestra sociedad ha vivido sobre la línea de flotación de la democracia; una democracia fantasma sin substancia política que se ha vuelto factor de debilitamiento de las mismas formalidades democráticas.

La "desregulación" o "desreglamentación" como el programa del futuro que supone prescindir y eliminar las soluciones nacionales, ya no es sólo un principio económico, sino también cultural y sobre todo político. La sustitución del Estado por la Empresa y la transformación del gobierno del país en un negocio, ya nada tiene de escandaloso; lo que realmente pulveriza la política es la metabolización de la racionalidad empresarial en las mentalidades, comportamientos y valoraciones más cotidianas de la sociedad.

Doce años de democracia han perdido la ocasión histórica de convertir a un pueblo en ciudadanos. El Estado, principal productor de sociedad en nuestro país, ha sido también el principal responsable de esta ausencia

porque a nuestro modelo de Estado, sistema político en general, y a nuestras formas de Gobierno siempre les resultó más rentable la manipulación popular que la constitución de ciudadanía. Cabe preguntarnos ahora, si en las actuales condiciones, y en el campo abierto para el próximo Gobierno, este proceso de ciudadanía de la sociedad es posible y esperable, en un país donde, el ideal del Mercado de volver a los ciudadanos en simples "consumidores", encontrará cada vez más entusiastas defensores.

Las elecciones del 92 han puesto en evidencia una crisis de la política, de la cual la izquierda es cómplice con su propia crisis impensada e irresuelta. Qué aspectos fundamentales la ilustran: a) la construcción del campo político, tanto por parte de la derecha que lo escamotea, como por parte de la izquierda desgastada no por el ejercicio, sino por la falta de ejercicio del poder, está signado más por la búsqueda de un consenso que de un proyecto político; b) desprestigio de la política en sus actores o instituciones, en parte por inútil y en parte por opresiva; c) disolución de los vínculos sociales y pérdida de referentes colectivos en beneficio de opciones particulares y privadas.

Pero no cabe empeñarse sobre esta real despolitización de la sociedad, pues lo que se ha despolitizado son aquellas instituciones y actores, formas y procedimientos, principios, ideales y

valoraciones que siempre han sustentado la política con alcances y horizontes democráticos. La despolitización de la sociedad conllevará a una repolitización de ella con otras instancias o instituciones, con otros actores y protagonistas, con otras fuerzas, apuestas y objetivos. Asistiremos a una repolitización terrorista de la sociedad, donde la política perderá sus cualidades sustantivas: el carácter público, la comunicación, la transferencia, la consensualidad, el respeto a las libertades cívicas. El conflicto social inherente en la vida política y democrática será sofocado con un doble saldo: de un lado el autoritarismo y de otro la delincuencia. Las elecciones del 92 marcan un hito en la liberación del

poder político de todo control ciudadano. El pueblo ecuatoriano ha demitido de la escena no por su voto sino por falta de opciones electorales. El país no daba para más. Esto no es achacable a la fatalidad sino a un nuevo panorama político, donde bajo la ilusión o la coartada de la democracia se instalará paradójicamente una radical despolitización con un totalitarismo que no será necesariamente una forma específica de gobierno sino que será segregado por un sistema específico de producción y distribución perfectamente compatible con un pluralismo de partidos, de medios de comunicación, de separación de poderes, en suma, de toda la vieja y caduca formalidad de la democracia.

